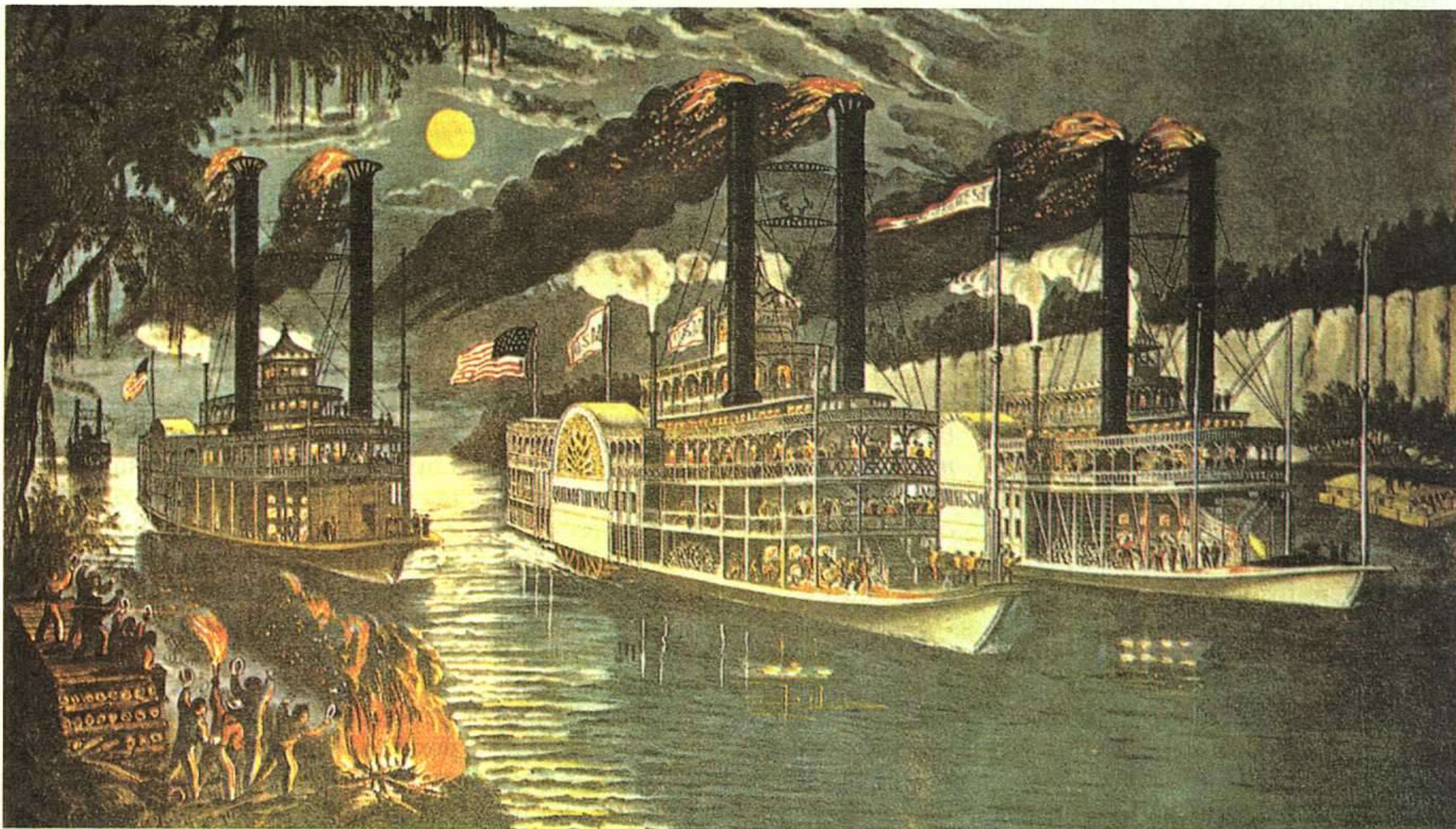


Mark Twain

MARK TWAIN

El hombre del río

por Vicente Muñoz Puelles*



La obra de Twain recoge, en mayor o menor medida, los acontecimientos más relevantes de su vida. Su infancia a orillas del Misisipí, sus experiencias como navegante en el emblemático río y como buscador de oro, o sus viajes por el Viejo Continente, entre otros, constituyeron fuentes de inspiración para sus escritos y novelas. También le marcó, sin duda, el momento histórico que le tocó vivir en una Norteamérica en expansión, que salía de una guerra civil. El siguiente artículo aborda la biografía de Twain en su justo contexto, haciendo hincapié en la intersección entre su vida y sus libros.

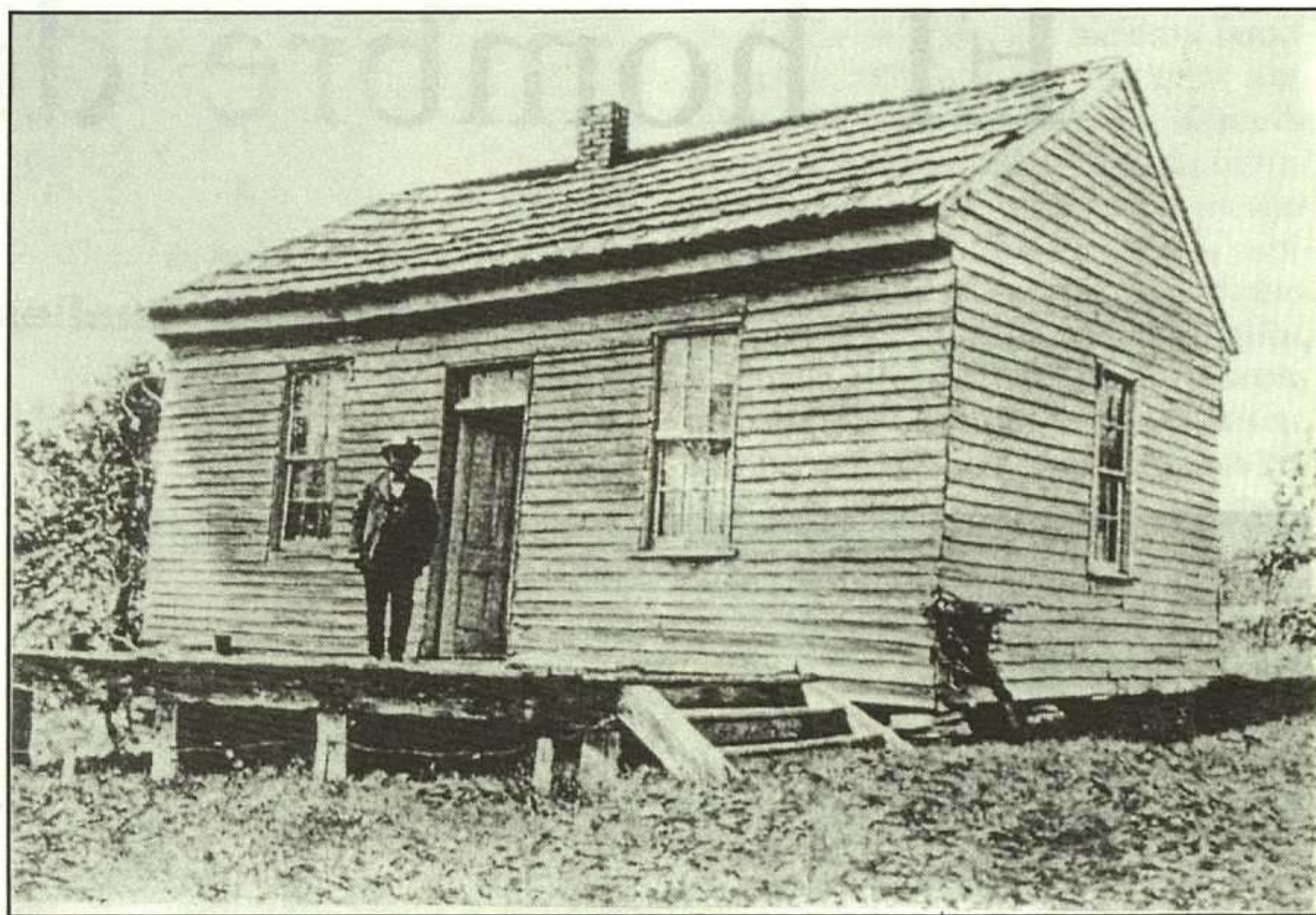
15

CLIJ55

Soy de ilustre prosapia, y mi familia tiene ejecutorias de una antigüedad incalculable —escribió Mark Twain en su relato *Autobiografía burlesca*—. El primero de los Twain que la historia consigna no fue un Twain, sino un amigo de la familia apellidado Higgins. Esto ocurría en el siglo XI, y nuestros antepasados vivían entonces en Aberdeen, condado de Cork, Inglaterra. Hasta hoy no hemos podido averiguar la causa misteriosa de que nuestra familia llevara el nombre materno de Twain en vez del paterno de Higgins. Tenemos razones domésticas muy poderosas para no haber persistido en la investigación de semejante enigma histórico. Si mis lectores tienen una curiosidad muy viva, conténtense con saber que el misterio se redujo a un incidente vago y romántico. ¿Qué familia antigua y linajuda no conserva el perfume de esas poéticas penumbras de paternidad y filiación.»

El hombre de los seudónimos

He ahí al Mark Twain característico: ingenioso, irreverente e inconformista. Mentiroso de profesión, cabría añadir. Se llamaba Samuel Langhorne Clemens, y Mark Twain no fue sino el más popular de los muchos seudónimos que usó a lo largo de su carrera. Años después él mismo lo justificaría así: «*Mark Twain* era el *nom de plume* de un tal capitán Isaiah Sellers, que solía escribir noticias sobre el río para el *Picayune* de Nueva Orleans. Murió en 1863. Como pensé que él ya no tendría necesidad de recurrir a su firma, me la apropié en cuanto pude». No se han hallado pruebas, sin embargo, de que Sellers usara seudónimo alguno, y se sabe que S.L. Clemens ya había empezado a llamarse a sí mismo Mark Twain antes de que el capitán falleciera. En otro apunte autobiográfico, Clemens prescindió de la mención al capitán Sellers y explicó que firmaba sus propios artículos «utilizando el grito de los sondea-



Casa natal de S.L. Clemens en Florida (Misuri).

dores del Misisipí: ¡Mark Twain! (dos brazas de profundidad, unos cuatro metros, lo que significaba aguas mínimamente seguras)». Pero a diferencia de otros autores no se ocultaba del todo bajo su seudónimo favorito. Los dos nombres solían figurar en las portadas de sus libros y con ambos firmaba su correspondencia. Es más, a veces el Mark Twain que llevaba dentro de sí parecía obrar por su cuenta y le ponía en apuros, y entonces Samuel L. Clemens volvía a su nombre verdadero o buscaba otra voz. Los intrincados juegos y misterios de la identidad y la múltiple personalidad no dejarían de atraerle nunca.

El escritor, que todavía es considerado hoy como el humorista estadounidense más famoso, nació el 30 de noviembre de 1835 en la ciudad de Florida, en Monroe County, Estado de Misuri. Su llegada al mundo coincidió con la aparición del cometa Halley, lo que le permitiría alentar la pintoresca fantasía de que era un visitante misterioso, procedente de otros mundos. Curiosamente habría de morir en 1910, el mismo año de la reaparición

de dicho cometa, como a menudo había predicho. Era el sexto hijo de Jane Lampton Clemens, piadosa calvinista, y de John Marshall, agnóstico contumaz. El propio Samuel desconfiaría de la religión, que siempre le pareció una superstición elaborada. Acababa de cumplir los 4 años de edad cuando la familia se mudó a Hannibal, en la ribera occidental del Misisipí. Su padre tuvo allí un almacén, participó en la política local y ejerció como juez.

Hannibal era el lugar ideal en el que a cualquier muchacho le hubiera gustado crecer. Existía una colina empinada en la que uno podía jugar a los piratas o a Robin Hood y, cerca de la cima, una cueva que invitaba a la exploración. A poca distancia de allí, la isla de Glasscock constituía un escondite perfecto para hacer novillos y pasar el día pescando o simplemente observando los majestuosos barcos de vapor y las grandes balsas de troncos que se deslizaban sobre las aguas, las más de las veces en compañía de Tom Blankenship, el hijo del borracho del pueblo, a quien años después inmor-

talizaría como Huckleberry Finn.

El río atraía también a jugadores profesionales, estibadores itinerantes y almadieros pobres, gente rápida con el puño, el cuchillo o la pistola. En la mente del joven Samuel, el encanto y la violencia del río irían siempre asociados. Ya de adulto, siempre que quería evocar su juventud pensaba en el río. Para un muchacho relativamente familiarizado con la muerte, el cementerio del pueblo era un paraje siniestro y de mal agüero. Tenía 4 años cuando murió una de sus hermanas, su hermano de 10 años falleció cuando él tenía 7, y a los 11 años de edad perdió a su padre.

El despertar literario

En Hannibal había una intensa evangelización y también una gran corriente de espiritualismo. Su madre se había ocupado de que el joven Samuel fuese a la escuela dominical, primero en la Iglesia metodista y luego en la presbiteriana, y fue responsable de que un predicador asistiese a su incrédulo marido en el lecho de muerte. Poco después de que John Marshall falleciese, Sam tuvo que contribuir a tiempo parcial al sostén familiar como recadero, empleado de una tienda de comestibles y ayudante de herrero. A los 13 años dejó la escuela y se convirtió en aprendiz de impresor en el periódico local, el *Courier* de Hannibal. Cuando su hermano Orion, diez años mayor, fundó el *Hannibal Journal*, Samuel empezó a trabajar como impresor para él y a aportar colaboraciones, que firmaba «Rambler», es decir «Vagabundo». Pronto dio señales de ambición literaria. A los 17 años publicó con sus iniciales, «S.L.C.», un breve apunte en *The Carpet-Bag*, semanario cómico del lejano Boston. Sesenta años después, y refiriéndose a sus primeros artículos, escribió: «Verlos impresos fue una alegría que sobrepasa cualquier otra experiencia en este campo que haya podido tener desde entonces». La incertidumbre

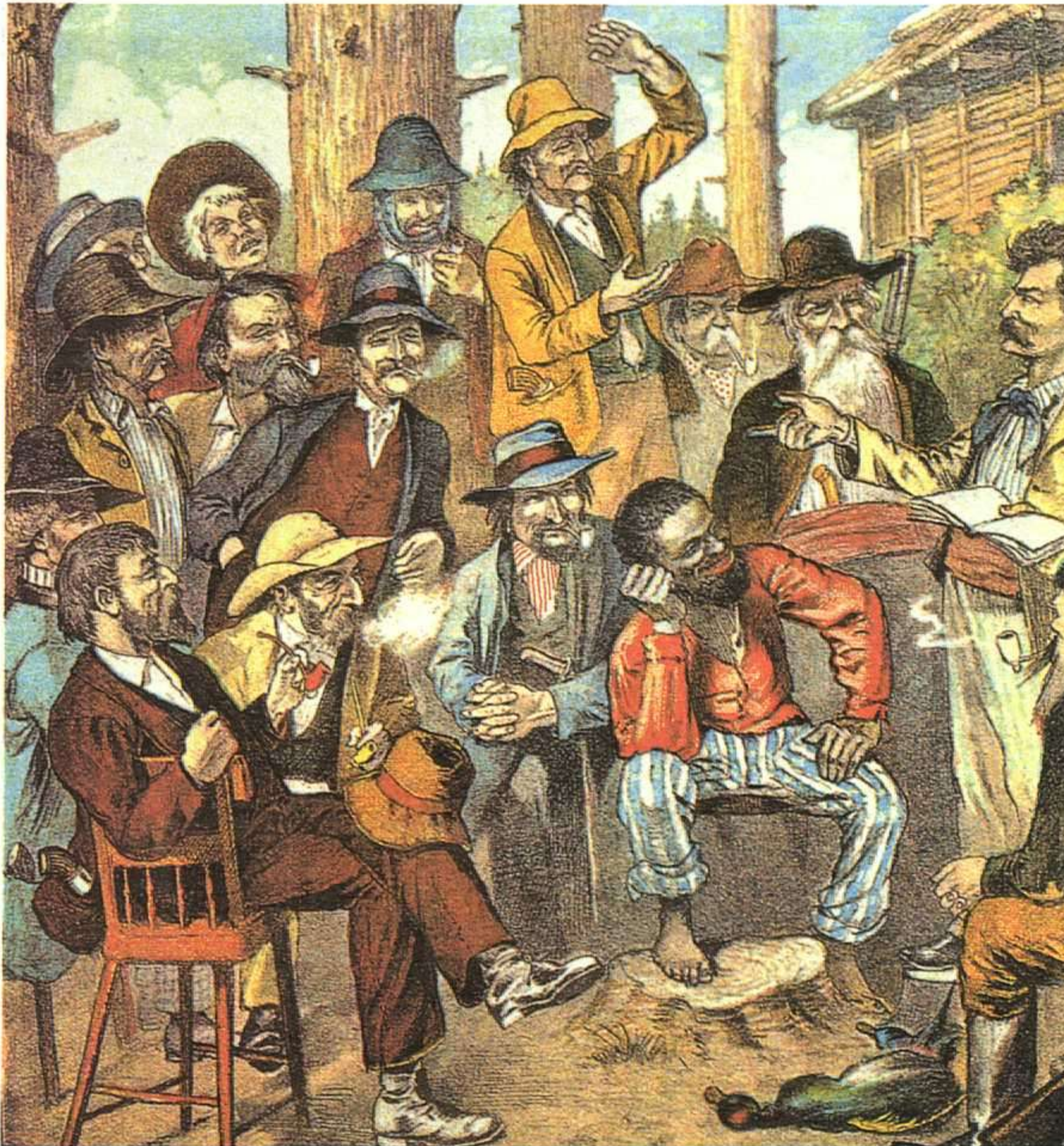


Retrato de Jane Lampton Clemens, la madre de Mark Twain.

respecto al valor de su obra o el continuo afán de cambiar de voz le hicieron adoptar una serie inacabable de seudónimos. Fue, entre otros, «W. Epaminondas Adrastus Perkins», «Blab» y «Un Hijo de Adán».

Hasta entonces había sido vaga-

bundo sólo de nombre, pero a los 18 años empezó a viajar. En St. Louis trabajó como periodista y en Nueva York como impresor. Visitó Filadelfia y Washington, y de regreso hacia el Oeste se instaló sucesivamente en Muscatine y en Keokuk, Iowa, siem-



Grabado de una publicación alemana (1897) en la que se ve a Twain (figura de la derecha con un libro en la mano) explicando historias de buscadores de oro.

pre en compañía de su hermano Orion. Durante esos años leyó mucho; su interés por la literatura, y en particular por la humorística, se reforzaba con el placer que le producían los libros. Le gustaba Cervantes, en quien creyó encontrar un modelo para expresar en una misma obra puntos de vista realistas y románticos.

Navegando por el Misisipí

Demasiado inquieto para asentarse en lugar alguno, a los 22 años partió de nuevo y empezó a vivir de las cartas que le publicaba el *Post* de Keokuk, donde describía sus viajes bajo

el seudónimo —más bien un *alter ego* escogido para la ocasión— de «Thomas Jefferson Snodgrass», un joven ingenuo e inocente, con frecuencia víctima de sus propias ilusiones o de la picardía ajena. Acarició la idea de explorar Sudamérica y buscar oro en el lecho del Amazonas, pero yendo río abajo por el Misisipí hacia Nueva Orleans conoció a un piloto de barcos de vapor llamado Horace Bixby, que aceptó llevarle a bordo como aprendiz de piloto e instruirle acerca de los peligros y las oportunidades que ofrecía el río. Durante cuatro años, Clemens navegó por el Misisipí; siempre recordaría aquella época como la más

libre y despreocupada de su vida, y alardearía de que no había tipo humano que no hubiera conocido en sus viajes por el río. «Ojalá estuviera de nuevo allí —escribió tiempo después a su madre—, pilotando río arriba y río abajo. En realidad, todo es vanidad e insignificancia, salvo el oficio de piloto.»

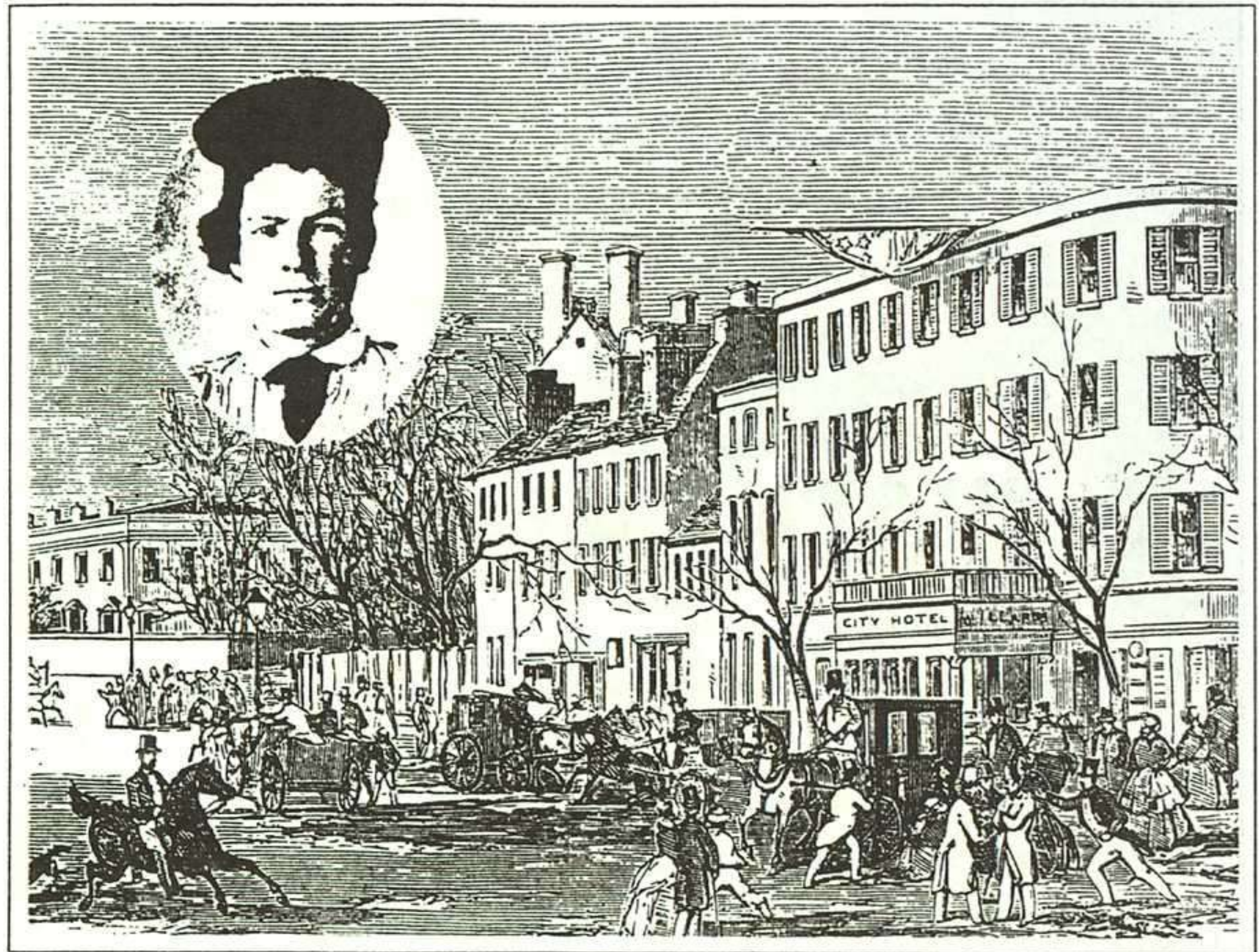
Una noche de 1858 Samuel tuvo —al menos así lo cuenta en *Autobiografía de Mark Twain*— una premonición. Vio en sueños un ataúd de metal colocado sobre dos sillas y, dentro del ataúd, el cuerpo sin vida de su hermano menor Henry, un muchacho que estaba empleado en el mismo barco que él, el *Pennsylvania*; sobre el pecho del difunto había un ramo de flores blancas con una sola flor púrpura en el centro. En Nueva Orleans, los hermanos se separaron. Sam fue trasladado a otro barco y dos o tres días después se enteró de que las calderas del *Pennsylvania* habían estallado; entre los ciento cincuenta muertos estaba Henry. Fue a Memphis y lo encontró yaciendo igual que en el sueño: en un ataúd de metal abierto, colocado sobre dos sillas. Sólo faltaba el ramo; poco después apareció una anciana que llevaba un ramo de flores blancas con una flor púrpura en el centro y lo colocó sobre el pecho del cadáver. Olvidando que el testimonio de un narrador profesional es siempre dudoso, y más el de Mark Twain, la parapsicología moderna considera válido el episodio y estima que el parecido físico entre el joven Samuel Clemens y su hermano Henry pudo haber tenido su correlato en una unión psíquica. Sam disfrutaría sabiéndolo.

En 1859 obtuvo la licencia de piloto, pero dos años después la Guerra Civil llegó al río, interrumpiendo el tráfico fluvial entre el Norte y el Sur. La actitud de Clemens hacia la guerra y su participación en ella aparecen envueltas en una nebulosa. Según se desprende de una serie de cartas publicadas en el *Crescent* y firmadas con

el nombre de «Quintus Curtius Snodgrass», se unió a un grupo de voluntarios que luchaban del lado de los Confederados, pero no tardó en dejarlos; aunque en vida se le reprochó que había desertado, el servicio en las milicias locales era demasiado informal como para asegurar tal cosa. Años más tarde deleitaría a los lectores de la revista *Century* con el relato *Historia privada de una campaña que fracasó*, donde contaba las peripecias de una compañía que intentaba incorporarse al ejército confederado y se disgregaba tras dos semanas de ir en su busca.

Viaje al Oeste

Mucho más decisiva fue su estancia en el Oeste. Como recompensa por haber apoyado la campaña presidencial de Abraham Lincoln, su hermano Orion había sido nombrado secretario del Territorio de Nevada y Samuel decidió acompañarle, quizá para alejarse de un insoluble conflicto entre su instintiva fidelidad al Sur y su aversión a los esclavistas. Durante el verano de 1861, ambos hermanos atravesaron en diligencia las llanuras



Retrato de Twain a los 15 años, cuando era aprendiz de impresor.

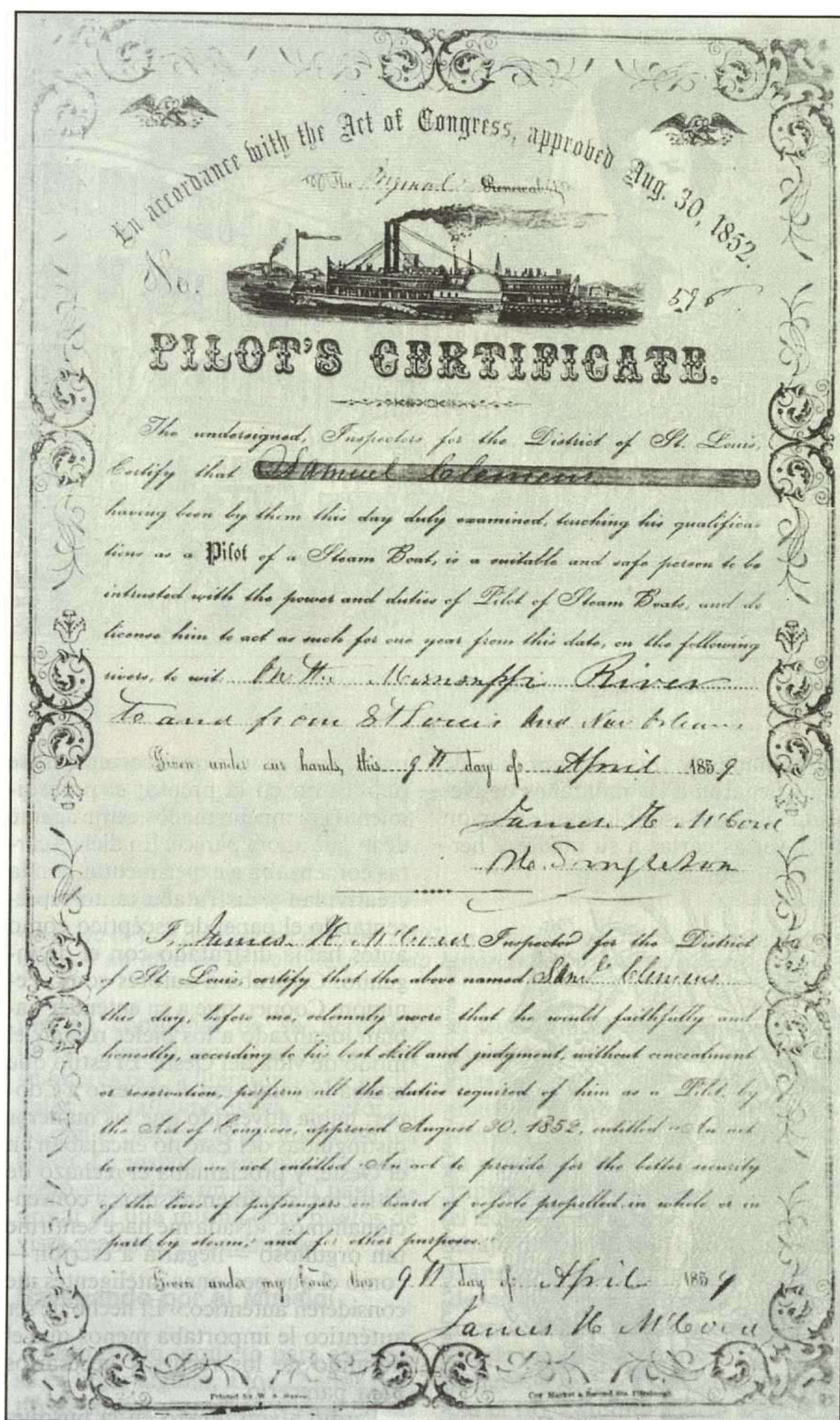
despobladas, y tras veintiún días de viaje llegaron a las montañas de Nevada. Samuel escribió desde Carson City varias cartas a su madre y her-

mana que, en versiones corregidas, se publicaron en la prensa; el procedimiento era mucho menos extravagante de lo que ahora parece. En dichas cartas comenzaba a experimentar con la creatividad y disfrutaba tanto representando el papel de escéptico como antes había disfrutado con el de ingenuo. Criticaba a autores como Fenimore Cooper, que a su entender habían idealizado a los pieles rojas y el modo de vida del Oeste. El estilo que estaba forjando era el opuesto a Cooper; había advertido que las maneras distinguidas del Este no encajaban en el Oeste, y proclamaba el rechazo de artificios, sentimentalismos y convencionalismos. «Nada me hace sentirme tan orgulloso —llegaría a escribir— como el que personas inteligentes me consideren auténtico.» El hecho de ser auténtico le importaba menos que el dominio de los recursos necesarios para parecerlo.

Perdió algún dinero en la búsqueda de oro y plata y pasó a trabajar



TRUE W. WILLIAMS. LAS AVENTURAS DE TOM SAWYER, MADRID: ANAYA, 1991.



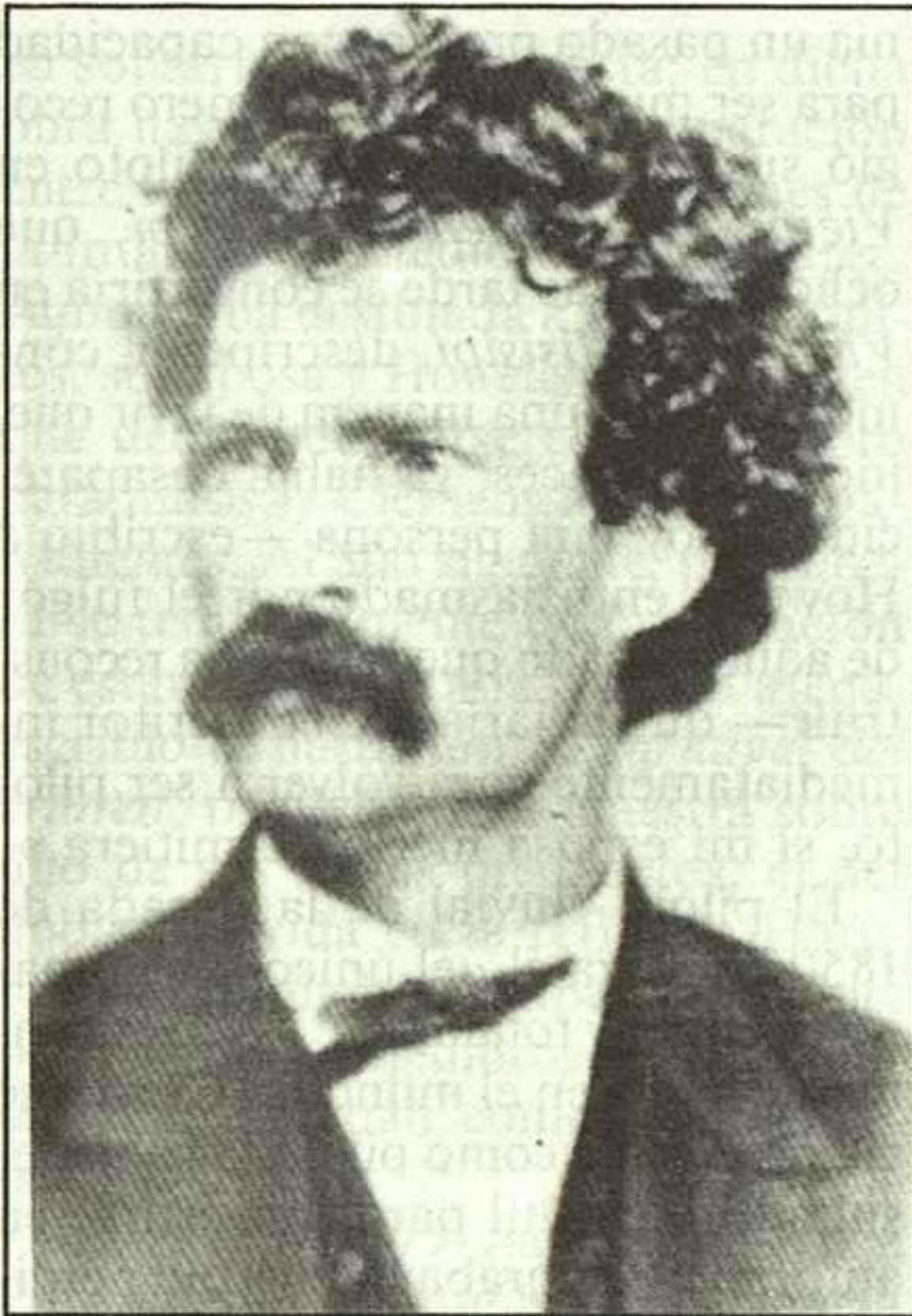
Título de piloto de Twain, del que se sentía muy orgulloso.

como reportero del *Territorial Enterprise* de Virginia City. Firmaba como «Josh» y, cuando se quedaba corto de noticias, las inventaba. Historias como *El hombre petrificado* estaban escritas con tal naturalidad y poder de convicción que algunos periódicos las creían ciertas y las reimprimían como noticias. Otras técnicas a las que recurría a veces eran el uso del argot y de elaborados errores de ortografía.

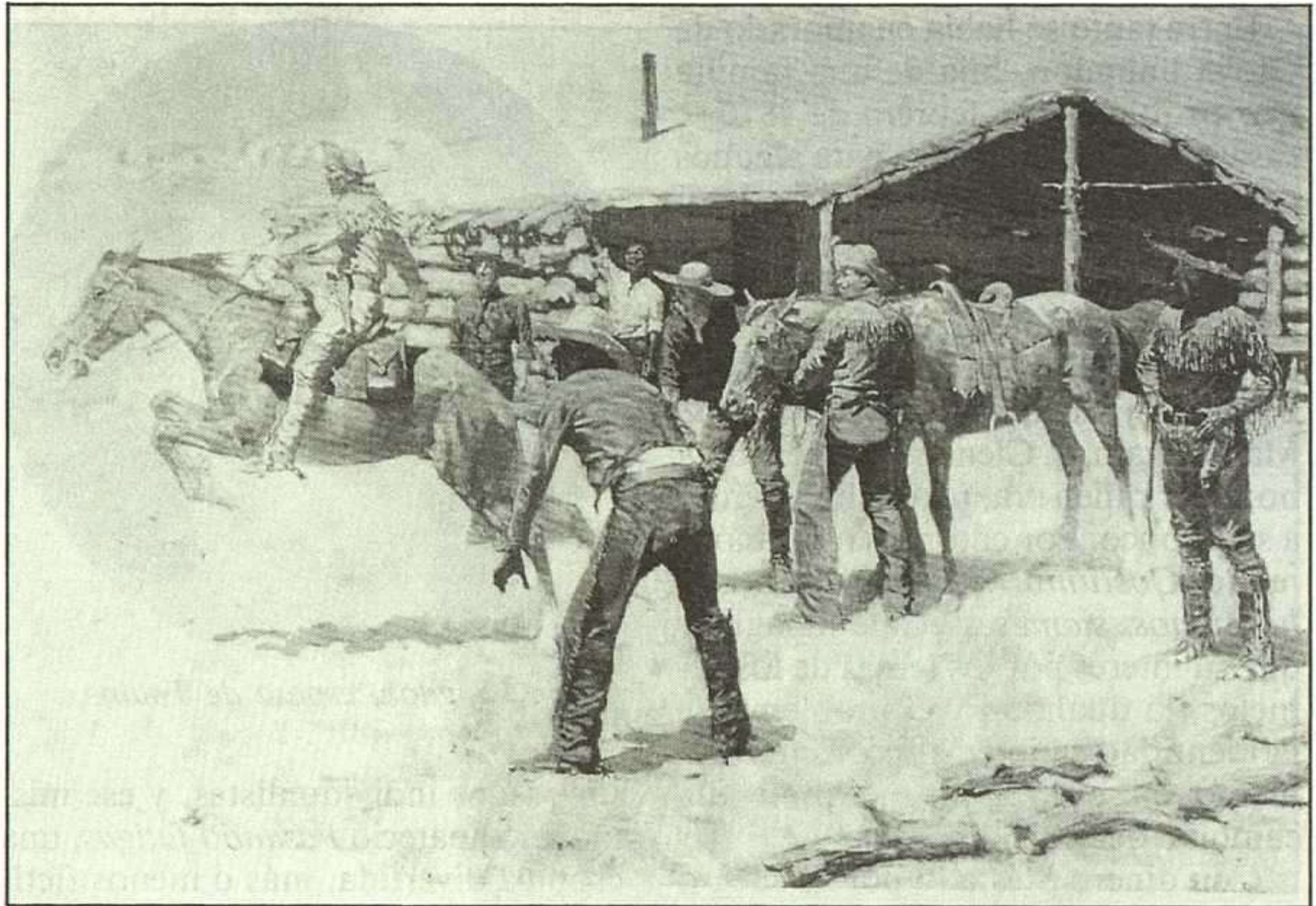
Nace Mark Twain, el humorista

El periodismo que se practicaba en la frontera estaba ayudando a Mark Twain a sobresalir, o quizás era Samuel Clemens quien estaba teatralizando parte de sí mismo para crear a Mark Twain. El célebre seudónimo fue utilizado por vez primera el 3 de febrero de 1863, para firmar el relato humorístico de un viaje. Una de sus fabulaciones, *Matanza sangrienta cerca de Carson*, había llegado a formar parte de la tradición local, y con frecuencia se aludía a ella en los periódicos.

En la primavera de 1864, su temperamento y la mordacidad de su pluma le hicieron entrar en una feroz polémica con el editor del *Union* de Virginia City. Se organizó un alboroto y se planteó la posibilidad de un duelo; ya anteriormente se le había atacado por su propensión a introducir en sus historias inventadas personajes reales o reconocibles. Abandonó Nevada y se instaló en California, donde publicó en el *Golden Era* y trabajó como reportero del *Daily Morning Call*. Conoció a Bret Harte, que le alentó en su carrera, y a Charles Farrar Browne, que usaba el seudónimo de «Artemus Ward» y era uno de los humoristas americanos más populares. Cada vez más sensible a la corrupción política y a la incompetencia de los funcionarios públicos, Clemens tuvo que huir también de San Francisco, a causa de unos artículos en los que criticaba a la policía. En el condado de Calaveras, en Jackass Hill y



Twain a los 30 años, cuando trabajaba de periodista en San Francisco.



Salida del Pony Express (Frederick Remington, 1900).

en Angel's Camp, volvió a buscar oro y oyó de labios de los mineros algunas historias excelentes, como la que inmortalizaría en *La célebre rana saltadora del condado de Calaveras*. La escribió tal como la había oído y se la envió a Artemus Ward, que estaba reuniendo una colección de relatos sobre el Oeste. La historia llegó tarde para ser incluida en la serie y en su lugar fue publicada en el *Evening Press* de Nueva York. En el Este, Mark Twain empezó a ser conocido como «el más importante entre los alegres caballeros de la prensa de California». Los lectores de la época habían comprendido que América abarcaba muchas regiones interesantes pobladas por tipos curiosos que empleaban jergas pintorescas, y los artículos y cuentos de Clemens satisfacían esa demanda de color local; en ellos abundaban los narradores *vernáculos*, por lo general mineros, patrones de barco o conductores de diligencias, gente sin inhibiciones y sin otra cultura que la de su oficio, pero osada y emprendedora.

Llega la popularidad

Cuando la Pacific Steamboat Company inauguró el servicio de pasajeros entre San Francisco y Honolulu, Clemens se embarcó como corresponsal del *Daily Union* de Sacramento. Aquel viaje fue decisivo en su carrera, pues le proporcionó la ocasión de escribir con continuidad. Las cartas que envió desde Hawai y las conferencias sobre el viaje, que más tarde dio en California y Nevada, acrecentaron su fama y propiciaron un cambio que le produciría serias tensiones: hasta entonces había sido un desplazado, un bohemio, un crítico de la cultura dominante; ahora, preocupado por su reputación, temía parecer vulgar. Como disfrutaba yendo a los sitios y hablando de ellos, volvió a partir como corresponsal del más importante diario de California, el *Alta California*. Fue a Nueva York pasando por el istmo de Panamá, y en junio de 1867 se embarcó en el *Quaker City* para un viaje de cinco meses a Europa y Tierra Santa. Las cartas que escribió para el *Alta*

California y el *New York Tribune* captaron de nuevo la atención de los lectores, y cuando, en 1869, fueron revisadas para su publicación como *Los inocentes en el extranjero*, confirmaron a Mark Twain como uno de los escritores más populares. Todos creían escuchar una nueva voz, auténticamente americana. Había adoptado una actitud —la de «ya está bien de tanta monserga sobre Europa»— que se esforzaría en mantener a lo largo de su vida. Los anuncios publicitarios le llamaban «el autor del pueblo», y no cabía duda de que lo era.

Sin embargo, aquel humorista idolatrado por sus compatriotas se sentía inseguro como escritor. La inquietud nacía del conflicto entre su vanidad exhibicionista y el convencimiento de que había triunfado con excesiva facilidad; el público veía en él más al personaje brillante y ocurrente en que se había convertido, que al artista. Su deseo de que se le tomara en serio no haría sino aumentar con los años; íntimamente anhelaba la respetabilidad de la que se mofaba en sus escritos.

Entre tanto se había enamorado de Olivia Langdon, hija de una familia neoyorquina, y en febrero de 1870 se casaron. Para ella, como para algunos críticos que apreciaban la obra de su marido pero no la encontraban del todo satisfactoria, el papel de humorista era impropio de la dignidad de un escritor. Olivia se había casado con Clemens y no quería saber nada de Mark Twain, y Clemens empezaba a no saber quién era, pero temía perder a su público. Por entonces, escribió el relato *Costumbres privadas de los hermanos siameses*; cabe imaginar que su interés por los temas de los gemelos, la dualidad y el problema de la identidad se intensificó en un momento en que él mismo pretendía cambiar de vida.

Con dinero prestado por su suegro compró una participación en el *Buffalo Express*, donde publicó gran cantidad de artículos intrascendentes y algunos muy divertidos, entre ellos una reseña de *Los inocentes en el extranjero*, falsamente escrita por un crítico inglés que se ensañaba con Mark Twain. En septiembre de 1871 se trasladaron a Hartford, en Connecticut, a medio camino entre Nueva York y Boston, donde se hicieron construir una ostentosa mansión en la cual residirían durante veinte años —la parte más productiva de la vida de Clemens—, y nacerían sus tres hijas. Entre sus influyentes vecinos estaban Harriet Beecher Stowe, la autora de *La cabaña del tío Tom*, y Charles Dudley Warner, con cuya colaboración escribiría una novela desigual pero muy vendida, *La edad dorada*, sátira de la corrupción política y financiera, que acabaría dando nombre al período de expansión posterior a la guerra civil. A menudo acudía a visitarle el crítico y novelista William Dean Howells, que fue al mismo tiempo su mentor y conciencia literaria. Todos ellos tendrían su parte de responsabilidad en que la voz genuina de Mark Twain se agostara demasiado pronto. Pero en 1872 aún conservaba



Olivia Langdon, esposa de Twain.

sus rasgos individualistas, y ese mismo año apareció *Pasando fatigas*, una crónica divertida, más o menos ficticia, de sus correrías por el Oeste y de su viaje a las islas del Pacífico.

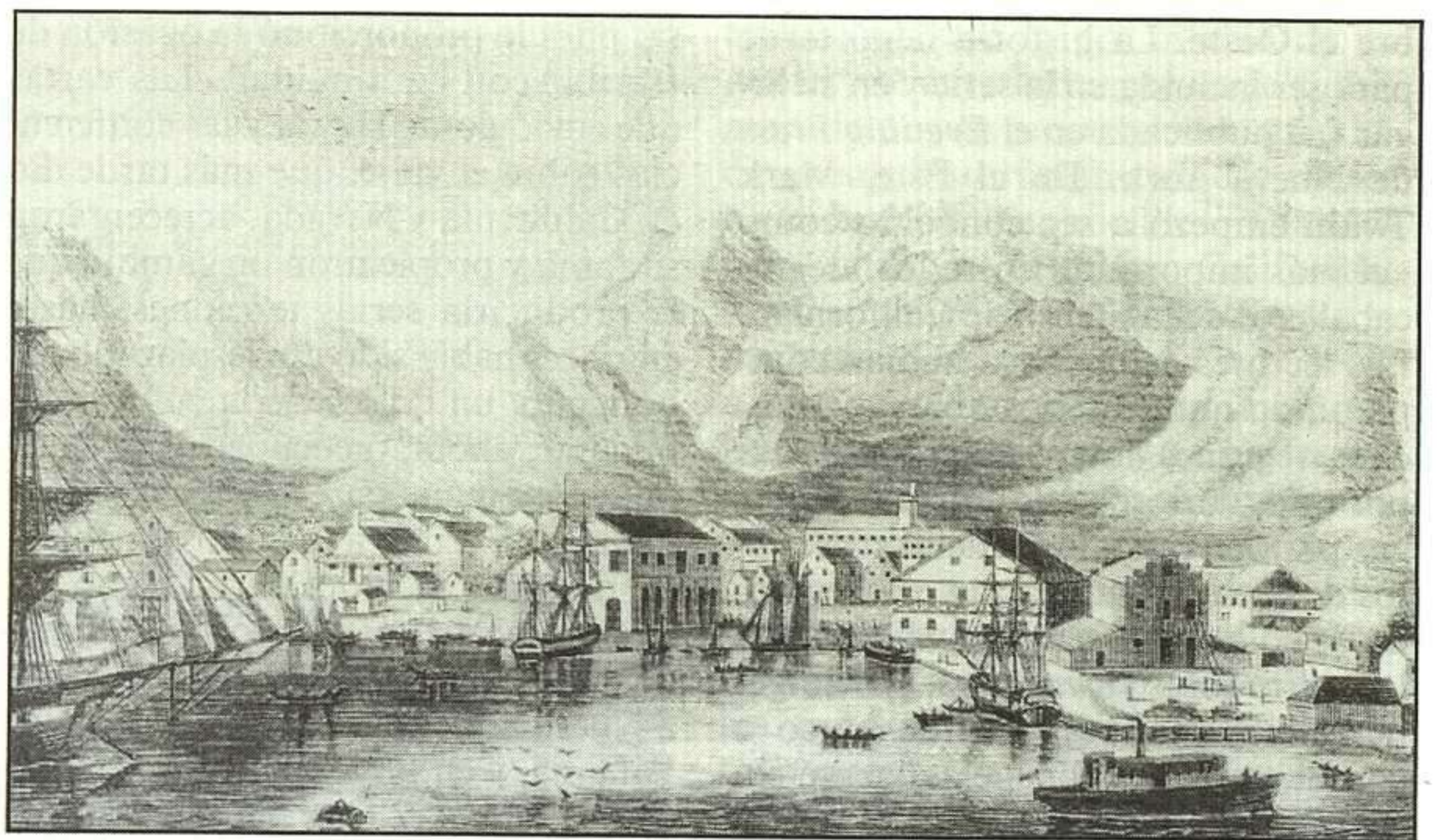
Reconstruir el pasado

Con el seudónimo de Mark Twain siguió dando charlas con gran éxito, tanto en los Estados Unidos como en Inglaterra, a donde fue en 1872 y 1873. Se disponía a escribir un nuevo libro de viajes cuando advirtió que te-

nía un pasado propio, con capacidad para ser muy utilizado. Primero recogió sus experiencias como piloto en *Viejos tiempos en el Misisipi*, que ocho años más tarde se convertiría en *Vida en el Misisipi*, descripción conmovedora de una manera de vivir que, incluso entonces, ya había desaparecido. «Soy una persona —escribió a Howells, entusiasmado por el fulgor de aquel pasado que intentaba reconstruir— que dejaría de ser escritor inmediatamente para volver a ser piloto, si mi esposa me lo permitiera.»

El piloto fluvial de la década de 1850 era para él «el único ser humano liberado y totalmente independiente que había en el mundo». Creía que el aprendizaje como piloto le había resultado muy útil para convertirse en autor, pero añoraba la libertad perdida y continuamente se quejaba de las concesiones que tenía que hacer: «Todos los escritores somos unos sirvientes esposados del público. Escribimos con franqueza y audacia, pero lo modificamos todo antes de publicar».

Después de haber pedido a sus amigos de infancia que le enviaran recuerdos de los viejos tiempos en Hannibal, escribió en 1876 *Las aventuras de Tom Sawyer*, que fue su primer vuelo



Puerto de Honolulu, adonde Twain viaja en 1866 como corresponsal del *Daily Union de Sacramento* (California).

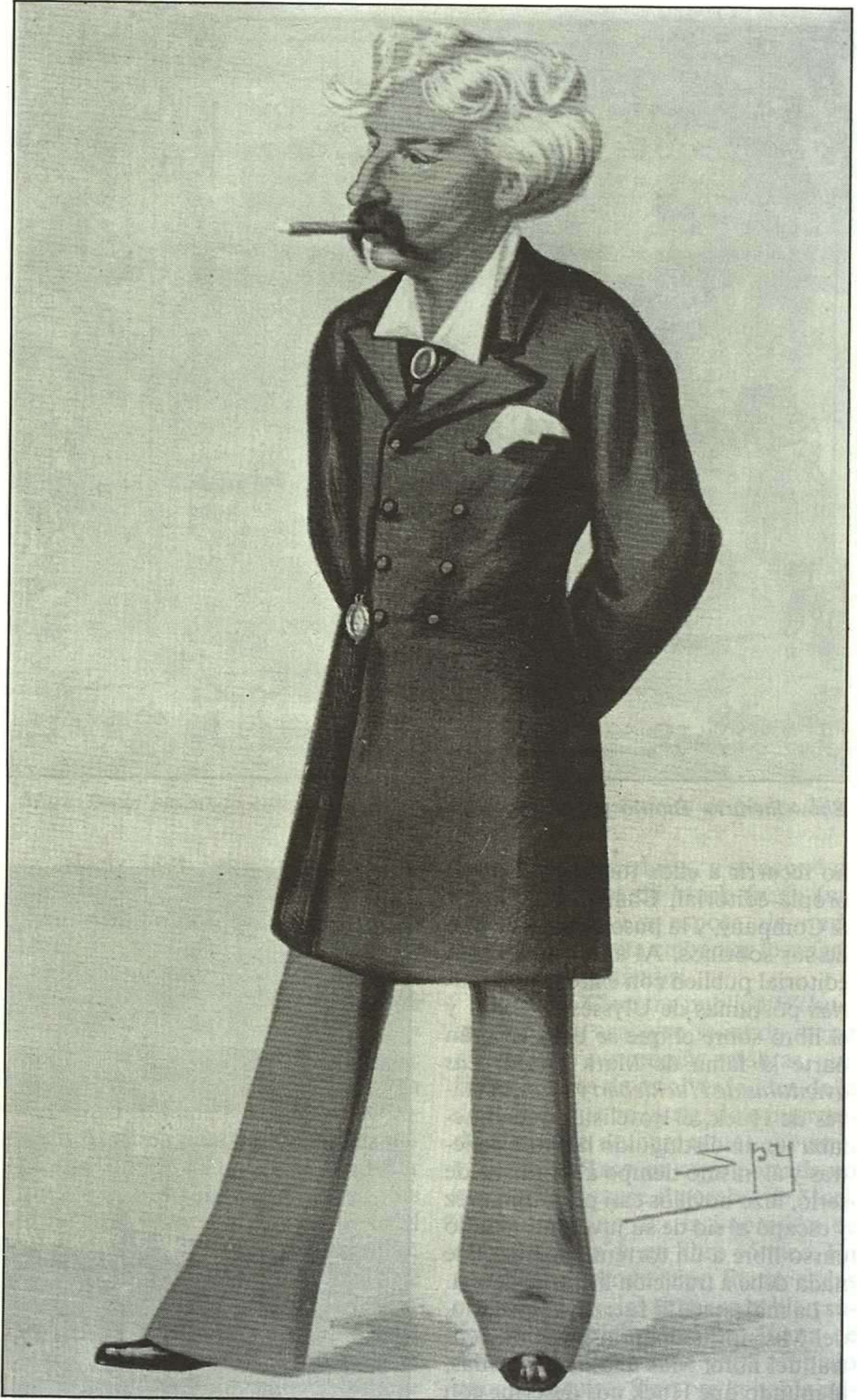
en solitario como novelista; en dicha obra hay una continua comparación entre los placeres y las emociones de la infancia y el tedio de la madurez. Aunque iba destinada a lectores adultos, su esposa y Howells insistieron en que debía publicarse como un libro para niños, y Clemens aceptó a regañadientes. Al año siguiente, para liberarse temporalmente de la sensación de estar sometido a la censura ajena, escribió la narración *El carnaval del crimen*, pequeña obra maestra sobre uno de sus temas predilectos, el del doble. La vida en la refinada Hartford no resultaba siempre agradable, pues algunos miembros de la comunidad le miraban como a un advenedizo.

En 1878 y 1879 viajó de nuevo a Europa con su familia. Una estancia en la Selva Negra le proporcionó material para *Un vagabundo en el extranjero*, y poco después volvió a escribir una novela de aventuras juveniles, esta vez situada en la antigua Inglaterra; con *El príncipe y el mendigo* quiso satisfacer a los lectores elegantes de Hartford y otros lugares, y al mismo tiempo ridiculizar las pretensiones y logros de la monarquía.

La inseguridad del escritor consagrado

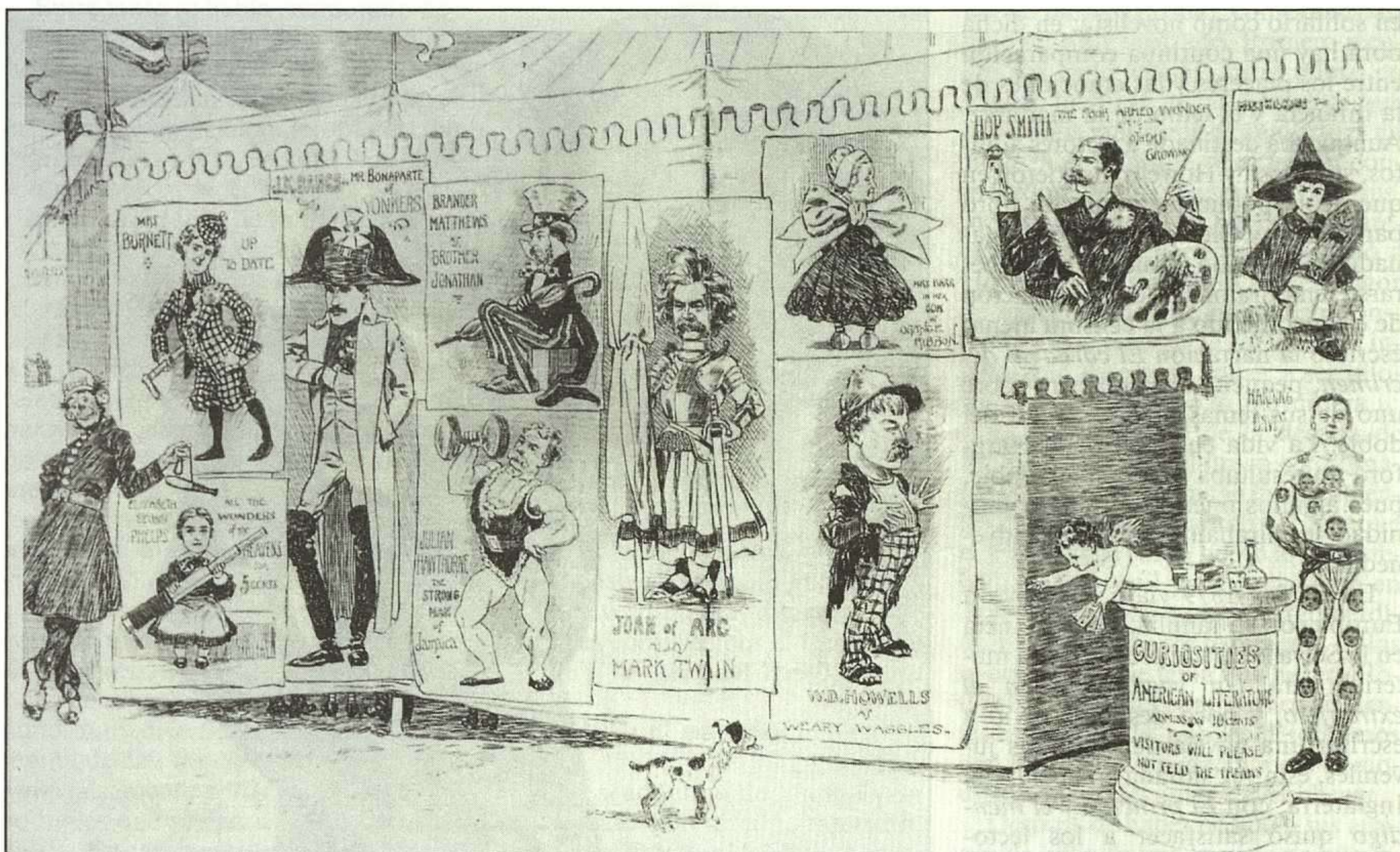
Los libros de Clemens estaban profusamente ilustrados; los vendían agentes que recorrían todo el país, buscando suscriptores a los que encandilaban con resúmenes y fragmentos atractivos. Atraían la curiosidad sobre la figura de Mark Twain y sobre sus charlas, y las charlas ayudaban a vender más libros. Ningún autor americano había ganado tanto dinero hasta entonces, pero mantener la casa de Hartford costaba mucho y él continuaba sin sentirse seguro. Había escrito dos obras de teatro desastrosas y dejado sin terminar al menos cinco libros.

Desconfiaba de los editores; para



Dibujo-caricatura de Bret Harte, conocido escritor norteamericano, que junto a Twain, escribió la obra de teatro *Ah Sin*, de escaso éxito.

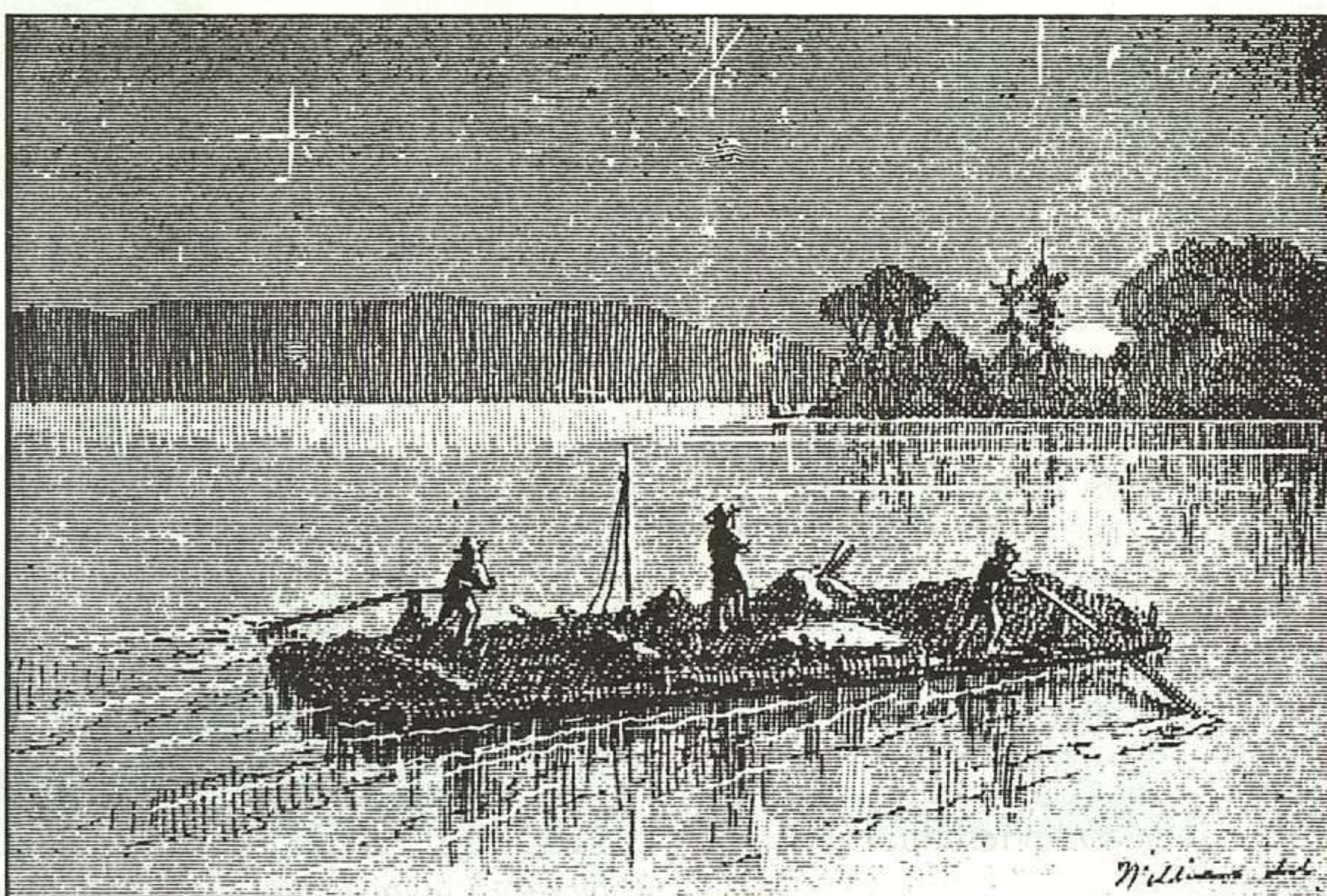
MARK TWAIN



Show literario. Dibujo publicado en Life (1896).

no recurrir a ellos fundó en 1884 su propia editorial, Charles L. Webster & Company, y la puso a cargo de uno de sus sobrinos. Al año siguiente, la editorial publicó con éxito las *Memoorias* póstumas de Ulysses S. Grant y el libro sobre el que se basa en gran parte la fama de Mark Twain: *Las aventuras de Huckleberry Finn*. A través de Huck, el novelista, que anhelaba ser un distinguido hombre de letras y al mismo tiempo abominaba de serlo, hizo novillos casi por última vez y escapó al río de su juventud, dando curso libre a un torrente poético que nada debe a tradición literaria alguna.

La majestad, la fuerza, el misterio, del Misisipí ocupan la posición central del libro. Más allá de las orillas, el mundo que Huck nos describe con sencillo realismo es un mundo de gente ruin y mezquina, un mundo de pre-



TRUE W. WILLIAMS, LES AVENTURES DE MARK TWAIN, BARCELONA: BARCANOVA, 1988.

juicios, de pasiones innobles y de crímenes irracionales.

En el momento de su aparición, *Las aventuras de Huckleberry Finn* recibió muchas críticas negativas y adquirió una reputación de libro vulgar, inapropiado para jóvenes; hoy sabemos que es la única obra en la que la genialidad de su autor se realizó por completo, y una de las más importantes de la literatura universal. Mark Twain escribió a continuación *Un yanqui de Connecticut en la Corte del rey Arturo*, novela en la que tomaba a Walter Scott como blanco y comparaba el ingenio americano con la supersticiosa ineptitud de una monarquía caballeresca.

Visión pesimista del mundo

La imagen popular de Mark Twain ya estaba asentada: era un hombre de aspecto imponente pero afable y accesible, que hablaba y escribía en el lenguaje de la gente corriente. Sus debilidades y prejuicios también eran comunes: fumar, soltar juramentos o pasar mucho tiempo en la cama. Pero en privado, y cada vez más en sus escritos, el profundo pesimista que anidaba en él estaba obsesionado por la falta de humanidad del hombre para con el hombre; en la historia de cualquier civilización advertía un rastro de sangre, y proclamaba que la existencia de nuestra especie no tenía otro objeto que servir de entretenimiento a los microbios. Intuitivo y cómico, pero también amargo, rechazaba deliberadamente los valores de la religión, del arte, de la filosofía y de la tradición histórica; miraba en torno y, como Huck, sólo encontraba violencia y prejuicios.

A finales de la década de 1880, y pensando quizás en sus tiempos de aprendiz de impresor, decidió financiar a un inventor llamado James W. Paige, que había ideado una máquina componedora de tipos. Durante muchos años le proporcionó grandes sumas para su construcción y mejo-



Mark Twain paseando en coche de caballos por la Quinta Avenida de Nueva York.

ra. Hacia 1891 empezó a notar las consecuencias de estas inversiones y, para economizar, cerró la fastuosa mansión de Hartford y se trasladó a Europa con su familia. En 1892 su propia editorial publicó *El conde americano* y dos años después *Tom Sawyer en el extranjero*, ninguna de las cuales tuvo éxito. Clemens dejó a su familia en Italia y regresó varias veces a América para controlar sus negocios. En 1894 la editorial Webster quebró y la máquina de Paige, pese al ingenio de su inventor, fracasó al competir con otra máquina similar. Clemens estaba arruinado y lleno de deudas cuando conoció a Henry H. Rogers, un importante ejecutivo de la Standard Oil Company. Entre ellos nació una fuerte amistad; Rogers se hizo cargo de los negocios de Clemens, actuó como intermediario en-

tre él y sus acreedores, y se ocupó de que los escritos de Mark Twain fueran asignados a su esposa, de modo que nadie pudiera embargar los ingresos correspondientes.

En 1894, Clemens publicó *Wilson, el Chiflado*, acaso su segunda mejor novela y, en sus propias palabras, «un firme intento de resolver la idea de la dualidad, que ha intrigado e interesado al mundo durante tantas épocas», y *Juana de Arco*, en cuya portada no quiso que figurase el nombre de Mark Twain, para no dar la impresión de que se trataba de un libro cómico. En su desigual producción literaria, las obras buenas y las flojas se habían sucedido desde el principio. Juana de Arco era un personaje poco propicio para su talento. Siempre la había admirado, pero consideraba a la Iglesia católica como el peor enemigo de la

libertad y el progreso, y la devoción religiosa le resultaba incomprensible. Un autor más prudente se habría abstenido de dedicar tantos esfuerzos a una obra con escasas posibilidades, pero Clemens solía caer en sus propias trampas.

Censor de la sociedad de su tiempo

En el verano de 1895 partió para una gira de conferencias con la que pensaba saldar sus deudas. Habló en Australia, en Nueva Zelanda y en la India, pero el viaje no fue el gran éxito financiero que esperaba, y en Londres se enteró de que Susie, su hija mayor, había muerto de meningitis. El pesimismo del escritor se exacerbó; tenía sueños que le hacían interrogarse sobre la realidad de su propia vida. Incapaz de afrontar la evidencia de la muerte de Susie, el matrimonio permaneció durante cinco años más en el extranjero, donde Clemens describió su reciente gira en *Siguiendo el ecuador*. Un clima de desastre empezó a envolverle: Jean, la hija más joven, resultó ser una enferma mental incurable; Olivia, que nunca había sido robusta, se iba debilitando. Muchos libros que Clemens acometía



Retrato de Susy Clemens, hija de Twain.

quedaban inconclusos, bien porque cambiaba de idea a medida que los escribía o bien porque reclamaban su atención proyectos menores, más rentables a corto plazo; continuamente se dispersaba. Hacia 1898, las inversiones hechas por Rogers y su control de las publicaciones de Mark Twain consiguieron devolverle la solvencia.

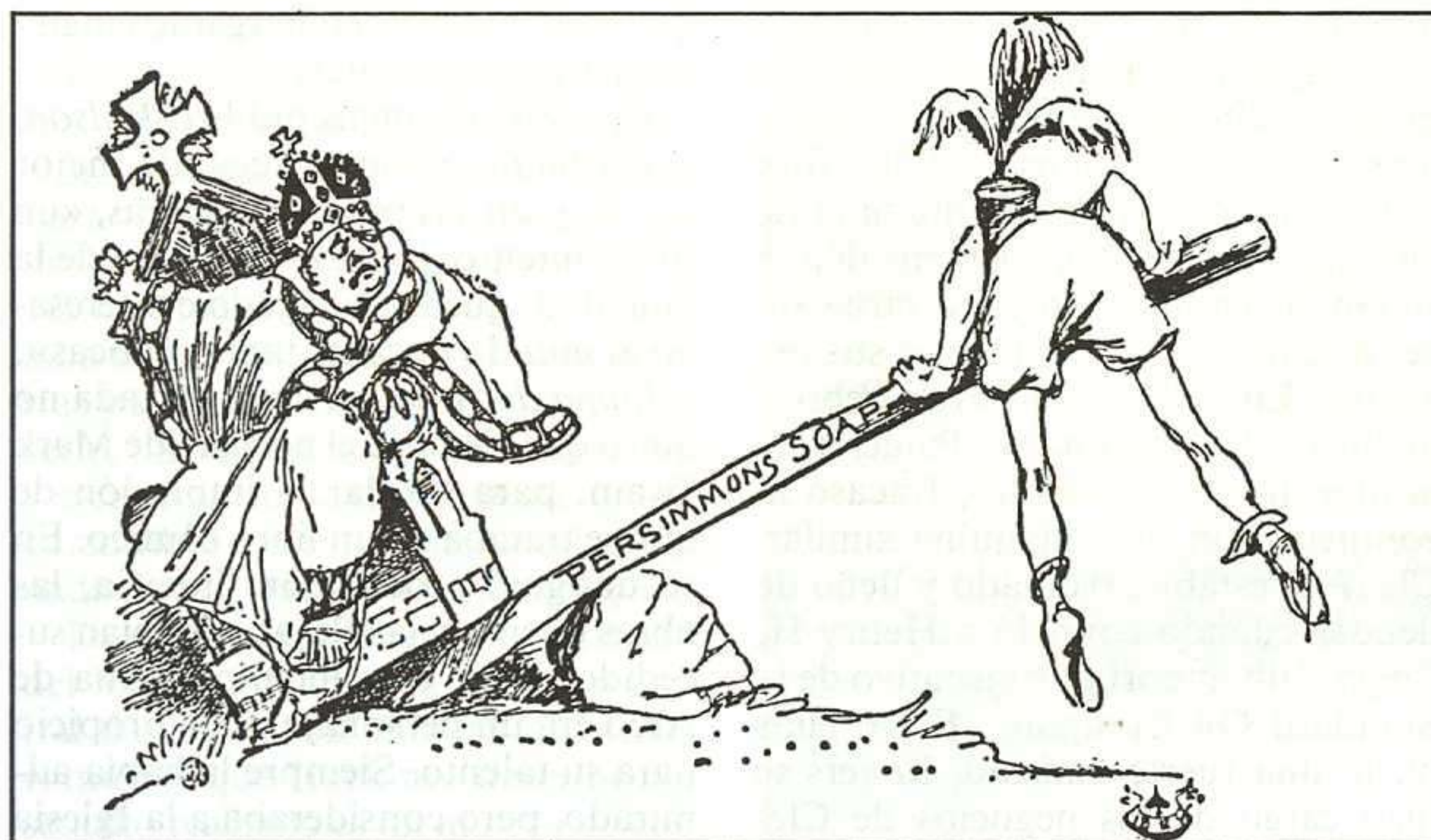
La amarga sátira *El hombre que corrompió Hadleyburg* fue publicada en 1900 por Harper & Brothers, que se convertirían en sus editores exclusivos. Aquel mismo año, la familia regresó a los Estados Unidos y Clemens fue

recibido como el hombre que había luchado contra la bancarrota, trabajando duramente para pagar cada dólar que debía. Se instalaron en Nueva York, donde era muy solicitado como conferenciante y donde se relacionó con magnates como Andrew Carnegie y William Rockefeller. Las Universidades de Yale, Misuri y Oxford le otorgaron honores. Se estimaba que se había vuelto *más filosófico* y se le concedía de buena gana el papel de crítico y censor de la sociedad. Escribió *El soliloquio del Zar*, que era un ataque contundente contra un tirano cruel, y *El soliloquio del rey Leopoldo*, donde denunció la ruindad de la conducta del hombre blanco en el Congo.

En el otoño de 1903, la familia volvió a abandonar los Estados Unidos y, a causa de la salud de Olivia, se instaló cerca de Florencia. Cuando ella murió seis meses más tarde, Clemens se quedó atenazado por el dolor. En un esfuerzo por sobreponerse escribió los deliciosos *Diario de Adán* y *Diario de Eva*, que versan sobre la dependencia del primer hombre respecto de la primera mujer y constituyen un homenaje a su esposa. El epitafio de Eva es también el epitafio que el autor dedicó a Olivia: «Allí donde ella estaba, era el Edén».

Autobiografía desbordante

En 1906 Clemens empezó a dictar su autobiografía, partes de la cual fueron publicadas en la prensa y le proporcionaron suficiente dinero para construir en 1908 una casa en Redding, Connecticut, a la que llamó «Stormfield» en honor al protagonista de la novela *Visita del capitán Stormfield al cielo*, que también quedaría inconclusa. Trabajó en muchos borradores de *El forastero misterioso*, una novela sobre Satanás que se publicaría seis años después de su muerte en una versión manipulada por Albert Bigelow Paine, su albacea literario. *Un cuento de caballo* —sobre



DAN BEARD, UN YANQUI EN LA CORTE DEL REY ARTURO, MADRID: ANAYA, 1989.

Mark Twain

MARK TWAIN

un caballo que muere en una plaza de toros española—, *¿Murió Shakespeare?* y *Cartas desde la Tierra*, donde habla de Dios como autor del mal, fueron algunas de sus últimas obras. Sus proyectos más ambiciosos, entre los que destacaba una novela sobre el

encuentro de Huck y Tom a los 60 años, no prosperaron. Incluso los artículos cortos empezaban a crearle problemas, principalmente desde el punto de vista de la estructura, que nunca había sido su fuerte.

Hasta el final continuó dictando su

autobiografía. Aspiraba a ser sincero en ella, pero los hábitos de toda una vida de conferenciante y de orador de sobremesa se lo impedían. Del ingente material autobiográfico que dejó, desordenado y extraordinariamente desigual, se han publicado muchas versiones distintas. Cansado, aclamado por el público pero permanentemente insatisfecho, hizo varios viajes a las Bahamas para restablecer su mermada salud.

La noche del 23 de diciembre de 1909 murió su hija Jean, ahogada en la bañera durante un ataque de epilepsia. «La vida debería comenzar con la vejez y sus privilegios y rentas —había escrito Clemens en 1901—, y concluir con la juventud y su capacidad para disfrutar ilimitadamente de esas ventajas.» Tampoco hubo excepción para él. El 25 de marzo de 1910, hallándose en las Bahamas, unos dolores en el pecho le advirtieron de que le quedaba poco tiempo. Regresó a «Stormfield» y murió el 21 de abril, discursando sobre la doble personalidad, sobre el bondadoso Jekyll y el abyecto Hyde, y sobre los muchos seudónimos que había adoptado.

Mientras escribo estas líneas —a finales de julio de 1993—, la crecida del Misisipí ha convertido el río en un inmenso y maloliente lago, en la que se considera como una de las mayores catástrofes naturales de la historia de los Estados Unidos. La ciudad de Hannibal, donde creció Samuel L. Clemens, vive pendiente del dique que protege la pequeña casa familiar del autor y el resto de los lugares en que se inspiró para escribir sus novelas más leídas. Incluso la cueva de Tom Sawyer ha quedado aislada por el agua. Si el dique cede, una parte considerable de los parajes vinculados a la prosa de Mark Twain quedará sumergida. Pero la gran cantidad de libros que escribió en su vasta carrera permanece a salvo, en las bibliotecas de todo el mundo. ■



Twain con el novelista sureño George Washington Cable con el que realizó una gira de conferencias en 1884-1885.

* Vicente Muñoz Puelles es escritor.